

SILENCIO, POR FAVOR

“Ah, el silencio... – piensa usted –, una bendición para el cuerpo y el alma, el bien máspreciado que nos ha sido dado, ese...” ¡Alto, un momentito! ¿Pero de qué está hablando? Ha tenido que apelar al diccionario para constatar que su memoria no le engaña. “Silencio: ausencia de todo ruido o sonido”, le explica doña María Moliner ¡Claro, ahora lo recuerda! Lo que no le informa es que nuestro amado e imprescindible silencio ha sido alevosamente asesinado, su cadáver enterrado a fuerza de decibelios y al funeral de cuerpo ausente le llaman “progreso” ¿No lo sabía?

Usted es feliz en su casa, su reino particular. Bueno, feliz, lo que se dice feliz... La verdad es que hace años vive y duerme a salto de mata ¿Por qué? Sus vecinos de arriba trastean con los muebles hasta las tantas de la madrugada ¿Qué hacen? Misterio. El del tercero B se niega a amordazar a su chihuaua que chillaba a toda hora como una bocina desafinada, y como no puede exigir a las criaturas del colegio colindante que no se desgañiten en el recreo, ni tanto menos impedir los numerosos festejos coronados con tracas estruendosas que se celebran en su barrio, decide que ya está bien de malvivir y se lanza a la búsqueda de un nuevo hogar.

Los pies le escuecen tras una jornada maratoniana y entra en un bar cualquiera. Está desierto. Sorbe un cafetito rebuscando en el periódico la casa soñada. Feo momento eligió, sinceramente. Porque un bar vacío es mal presagio ¿Tampoco lo sabía? Es el momento preciso en que se dan a moler café a toda máquina mientras friegan la vajilla con un ensordecedor despliegue, por no hablar del televisor rugiendo una carrera de Fórmula Uno que le obligan a soportar porque así están las cosas. Paga y huye, que remedio.

Sorteando motos a escape libre, coches como discotecas ambulantes, obreros taladro en mano destrozando las aceras y demás suplicios auditivos se refugia en un parque ¡Que bálsamo! Se relaja y hasta adormece en un banco, pero...” ¡¡Camilo, pordió, to’l día buscándote ¿Donde te habías metido?!” Con un brinco sobresaltado regresa a la realidad ¿A que viene ese griterío? A dos centímetros de su oreja un energúmeno, móvil en ristre, le impone su frenética conversación con Camilo, el cual, por otra parte, escucharía a su indignado interlocutor sin mediación de aparato alguno aunque viviera en Lanzarote, un poner.

Finalmente, y tras una agotadora pesquisa, usted ha encontrado su ideal. Buen precio, vecinos maduros y sosegados, no hay adolescentes carne de Reformatorio, ni perros perturbados, ni papagayos bramando insultos marineros, tampoco obras dentro o fuera de la casa ¡Esto es Jauja, el regalo que tanto merecía! La armonía se adueña de su hogar. Duerme a la pata ancha, ha recuperado el normal ritmo cardíaco y se felicita por su buena estrella. “He tenido suerte, ya era hora”.

¿Suerte? No haberla mentado. De acuerdo, era muy difícil de prever, no es su culpa, pero... ¡Una academia de baile justamente en el piso de arriba, es desesperante! El estruendo regresa triunfal a su vida atormentándole a ritmo de salsa, pasodobles, tangos y sevillanas de lunes a viernes mañana, tarde y noche.

Tracatá, tunga, changa, su casa y su sistema nervioso se tambalean y echa mano a mil y un métodos para amortiguar la batahola. Imposible insonorizar las paredes, cuesta un dineral.

Entonces se embute tapones en las orejas, tapiza puertas y ventanas, pone la radio a todo volumen para contrarrestar el bramido de esos pies bailarines amenazando con derrumbarse sobre su cabeza e incluso procura seguir el sabio consejo: “si no puedes con tu enemigo, únete a él” bailoteando esa rumbita tan pegadiza mientras se ducha temblando de los nervios. Vano intento.

Un buen día, presa de la histeria, monta en su coche y huye hacia al Pinar de Tamadaba. “La naturaleza me regalará su silencio” – se convence conduciendo al borde del colapso.

A poco de llegar ya percibe el tranquilizante entrechocar de las ramas de los pinos y el aroma del mar. Le invade un relajito de lo más rico. El rumor se acrecienta, que placer, cuánto solaz. Pero... ¿Es que acaso los árboles cantan? No que se sepa... ¡Oh, Cielos! Tres, cinco, veinte familias parranderas han llegado antes que usted y con sus altavoces han organizado una verbena escandalosa.

Ya no aguanta más, se precipita hasta el borde del acantilado y echa a llorar amargamente clamando al éter: “¡¡¡Silencio, Dios, sólo eso te pido, silencio, estoy enloqueciendo!!!” Se desahoga, cierto, pero es inútil. Precisamente ese día se celebra el campeonato internacional de náutica, las lanchas y el helicóptero que las acompaña atruenan cielo y tierra y Dios, para su desdicha, no atina a escuchar sus súplicas.